

El lenguaje que me habló al alma

Dedicado a:

A todos los que alguna vez sintieron que era tarde,
a quienes caminaron en silencio mientras el mundo dudaba,
a los que no se rinden a pesar del ruido,
y especialmente a mi yo del pasado,
que siguió creyendo...
aun cuando todo parecía decir que no valía la pena.

No es la edad la que pesa.

Son las miradas, las suposiciones, los comentarios que caen como gotas de lluvia en una noche larga.
Dicen que ya no es tiempo, que esto de aprender programación es para otros: más jóvenes, más ágiles, más robustos, más tersos, más hermosos.

Pero mi mente, intacta y despierta, se niega a aceptar esos límites.

Hoy mismo, un anciano pensó que tenía 18 años, y él no creía lo contrario.

Sonreí por dentro, porque algo de razón tenía:

Mi mente, mi alma aún camina, viva, ligera, curiosa.

Quise aprender programación hace años.

Probé con JavaScript.

Me lancé al stack completo: frontend, backend, frameworks, herramientas, módulos por todas partes...
y sentí que hacía mucho ruido para decir tan poco.

No logré conectarme.

No era pereza. Era intuición.

Algo no encajaba.

Después pensé en Java.

Su estructura me prometía orden, claridad, un camino más directo.

Pero tampoco lo sentí mío.

Aunque le dedicué tiempo, esfuerzo, noches.

Y así pasaron tres años.

Estudiando solo. En silencio.

Viendo cómo el tiempo avanza y cómo la edad, en esta industria, puede ser usada en tu contra.

Me miraba al espejo y me preguntaba si todo esto tenía sentido.

Las dudas no venían solas:

familiares, conocidos, sus quejas, sus burlas, su incredulidad.

“¿Para qué le dedicas tiempo a esa tontera?”, me decían.

Pero algo dentro de mí no se rendía.

Llegó el momento de decidir:

seguir otro curso de Java backend, o dar un salto de fe y probar con ciencia de datos.

Elegí lo segundo.

Y entonces me golpeó una tormenta.

La decisión ya estaba tomada, pero no por eso pesaba menos.

Al contrario, fue como mirar hacia un horizonte lleno de palabras que apenas entendía:

trigonometría, integrales, estadísticas, estructuras matemáticas...

Conceptos que alguna vez vi de lejos,

como quien mira una tormenta desde la ventana.

Pero ahora esa tormenta se venía encima.

No eran solo los conceptos.

Era el miedo a no estar a la altura,

el vértigo de haber elegido un camino que parecía hablar un idioma lejano.

Me preguntaba si sería capaz.

Me dolía la edad, no en los huesos,

sino en las preguntas.

Porque ya no había tanto tiempo para probar y volver atrás.

Esta vez tenía que ser de verdad.

Esta vez tenía que funcionar.

Sentí angustia.

Sentí arrepentimiento.

Pero algo ya había cambiado.

El camino estaba tomado.

Ya no podía volver atrás.

Así que empecé a caminar.

Lento, con cuidado.

Día a día, comencé a mirar Python.

A observar su manera de hablar, su alma.

Supe que tenía que conocerlo antes de juzgarlo.

Escudriñar su interior.

No solo conocerlo superficialmente,

sino como quien explora las profundidades de un océano,

o como quien busca la esencia en lo más profundo de la tierra;

como un buzo acariciando los corales,

o como un minero descubriendo piedras preciosas.

Quería ver su alma, comprender su estructura,

entender cómo funciona desde adentro.

No se trataba solo de aprender a usarlo,

sino de encontrar su chispa, su aliento de vida.

Y me di cuenta de que Python no se esconde en las sombras de su complejidad.

Me ofrece claridad en su sencillez,

una sencillez que no sacrifica su poder,

sino que lo expone de una forma que cualquiera pueda comprender.

Y lo que encontré fue inesperado.

Python no me gritaba.

Me susurraba.

No se jactaba de su poder,
sino que me ofrecía claridad.

No me pedía que memorizara mil estructuras,
sino que entendiera su esencia.

Y eso me enamoró.

Sentí que, por fin, un lenguaje hablaba un idioma que yo también entendía:
el de la sencillez profunda.

Muchos dirán que después se pone difícil,
que llegarán los módulos complejos, las estructuras abstractas, los modelos matemáticos, que no hay tiempo...

Y quizás sea cierto.

Pero yo también tengo algo para ese futuro:
paciencia, voluntad, y una nueva amistad.

Entre Python y yo está naciendo algo más que una relación técnica.
Es una alianza.

Y siento que si sigo escuchando su voz, su forma, su ritmo,
seremos muy buenos compañeros.

Como tú y yo lo estamos siendo en este camino.

¿Lo dudas?

Porque al final, más que aprender un lenguaje,
estamos abrazando y adornando nuestras esperanzas.

Estoy aprendiendo a creer en mí,
no por los éxitos,

sino por las constancias.

A confiar en que nunca es tarde,
aunque no encuentre el camino
que me lleve de regreso a mi infancia.

Pero la necesidad es fuerte,
y debo defender con dignidad este deseo de seguir creciendo,
aunque las piedras no me sonrían,
incluso si nadie más lo entiende.

**Y eso, para mí,
ya es una victoria.**

Cristopher Joo